

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EXCURSIÓN RETROSPECTIVA

Aunque yo no he hablado aquí de nada que con la Exposición se relacione, como una página suelta y aparte, con aspecto puramente histórico, he inscrito en mi cartera algunas apuntaciones referentes a la historia de mi sexo, narrada en páginas de bulto en el palacio llamado del Traje.

Puedo decir de estos apuntes lo que Espronceda del *Canto a Teresa*: son un desahogo de mi imaginación: sáltelos el que así lo desee.

* *

Para construir este palacio, cuya idea inició el modisto Félix, se formó una sociedad por acciones con capital de dos millones de francos. No sé si habrá cubierto gastos esta suma; y de hecho, los fragmentos de telas antiguas, expuestos en el palacio y encerrados en veinticinco vitrinas, valen hartos más; pero pertenecen a un aficionado que los facilita a la Sociedad. Un retal de tela antigua, auténtica y única, no tiene precio. Las telas antiguas del Palacio del Traje es lo que menos mira el público, y lo que más debe admirar el inteligente.

Sorprenden los conocimientos que supone una reconstrucción así. Los peluqueros, bordadores, pasamaneros, encajeros, adornistas, plumistas, sastres, mueblistas, tapiceros, sombrereros, tejedores, joyeros, cuya labor reunida constituye la exposición del traje, tienen que atesorar noticias en ramos muy importantes para no cometer anacronismos y poder resucitar con viveza y verosimilitud los tiempos pasados. Respecto a los que modelaron las figuras de cera, no sería justo regatearles el dictado de artistas.

* *

Ya he dicho que, al lado del cuadro plástico completo que representa un momento de la historia de la indumentaria, encontramos los tejidos y objetos correspondientes. Son telas extrañas de lino, lana, seda y brocado. Son camisas, zapatos, gorras, cinturones, broches, extraídos de los sepulcros, en necrópolis registradas ahora por primera vez, y documentan el cuadro, atestiguando la fidelidad escrupulosa de la reconstitución.

Nada de telones ni de dioramas: todo de realce y bulto, aspirando a producir ilusión perfecta. No falta más que la vida.

Son los cuadros representación de una costumbre, ceremonia o hecho histórico que puede dar idea del espíritu dominante en una edad. El primer cuadro nos muestra los patricios romanos en la colonia de Arsinoe, en Egipto, viendo cómo un *psilo* o encantador de serpientes hace bailar a una culebra. Los trajes, latinos, pero con ribetes asiáticos. En el segundo aparece un atrio de Roma, en la época de Trajano, y ropa y arquitectura son del más puro clasicismo. El magnífico atrio es el patio que aún hoy se conserva en ciertas comarcas españolas: tiene su

fuerza y su piscina, y la escena representa el momento en que los histriones, llamados para entretener una tarde de ocio, declaman ante tres elegantes patricias algún fragmento de tragedia, con acompañamiento de flauta doble. Las damas del atrio son ya mujeres, en el sentido de que conocen y practican los refinamientos del tocador, del baño, del traje: nadie ignora cómo se lavaban, perfumaban, rizaban, teñían, pintaban, adornaban y engalanaban las contemporáneas de Augusto. Contraste: el cuadro tercero muestra a las mujeres galas en la época de la invasión romana. Las antepasadas de la parisiense están medio desnudas, desgredadas, descalzas de pie y pierna, hechas una lástima; refugiadas en grosero barracón que más parece cueva, prestan oído, con terror, a los ruidos que revelan la aproximación de los soldados de César y que las anuncian el cautiverio o la muerte. Considero un rasgo de coquetería francesa el cuadro de esta barraca. Parece que dice: «¡Cuánto va de ayer a hoy! Mirad los orígenes de esta Francia actual, flor de refinamiento en las artes de la mujer.»

* *

El más lujoso de los cuadros plásticos es el cuarto, titulado *Homenaje a la emperatriz Teodora*. La cámara del trono, la figura de la Augusta, las vestiduras de los magnates y prelados que suben la escalinata de rodillas para prosternarse y besar los imperiales pies, son ascuas de oro y ríos de pedrerías, y cataratas de esmalte, filigranas y gemas. El quinto reconstruye las *Termas de Juliano*, cuyas ruinas se conservan en París. En el siguiente alborea la Edad Media; corre el siglo VII; quedan atrás Roma y Bizancio, y los bárbaros galos empiezan a tomarse el desquite, por más que todavía, en el ropaje de Santa Clotilde, personaje principal de la escena, se advierten reminiscencias romanas. La santa, con túnica bordada, manto de cenefa y monjil, bajo un pórtico románico parecido a muchos que aún se ven en iglesias españolas, distribuye limosna a los mendigos. De esta edificante escena saltamos al siglo XII, en pleno período feudal, asistiendo a una velada en un castillo; vemos al castellano calentarse a la llama del mediano monte de leña que arde en la vasta chimenea; a la castellana, con su corona de baronía y su amplio manto, agasajando a su niño, y semejante a las efigies románicas de Nuestra Señora, que acaso no eran sino copias de la realidad. Los sirvientes preparan la mesa; los mesnaderos guardan la entrada, lanza en puño; bárbaras pinturas decoran las paredes. Pasamos al siglo XIII, y sorprende lo que en cien años, con las Cruzadas, la poesía de los trovadores, el movimiento franciscano, los viajes a Oriente, la teología y la escolástica, la nueva arquitectura, ha cambiado y se ha afinado el aspecto de la vida y el traje como signo. De la ruda vivienda feudal del siglo XII a ese primoroso relicario flordelisado y calado, de elegancia suprema, en que se agrupan Blanca de Castilla, San Luis y Margarita de Provenza, hay un mundo: hay todo un florecimiento artístico, intelectual y político, la plenitud y la expansión de una civilización completa en su género.

* *

Al llegar al siglo XV, un curioso cuadro, *Les Hennins*, nos enseña cómo nació el sombrero. Esos curuchos y esos cuernos de terciopelo, raso, brocado de oro y perlas, que sujetan un ligero velillo flotante, son los padres del tocado femenino actual, uno de los triunfos de Francia. La expresión misteriosa de candor y austeridad de las figuras de mujer en las tablas y tapices del siglo XV, proviene de la moda del *hennin*, que, obligando a rasurar o epilar la frente y las sienes, prolongaba la parte superior de la fisonomía, y comunicaba al rostro un misticismo semejante al que da la tonsura monástica. Esas frentes inmensas y puras de los cuadros y tallas del siglo XV son artificiales. ¡Qué desencanto!

* *

Desde los *hennins*, la corona heráldica, colocada sobre el pelo resguardado por la redécilla de perlas, desaparece, y el sombrero se anuncia, haciendo su aparición primera en el siglo XVI. La transformación del *hennin* en sombrero se ve en el cuadro que representa a dos patricias venecianas que, magníficamente ataviadas, dignas del pincel de Veroneso, salen de su palacio y se disponen a saltar en la góndola, y en el siguiente, *Entrevista del campamento del Brocado de oro*, donde las damas que engalanadas con espléndidos atavíos se asoman a la ventana de

la tienda real, ostentan ya sombreros de plumas que, sin variación alguna, servirían a una gomosa de hoy.

Deteniéndose en este siglo tan pintoresco y sustoso, los cuadros nos hacen ver a Catalina de Médicis en el laboratorio de Rugiero; asistimos a una procesión bajo Enrique III, y vemos a Enrique IV recibiendo con transporte una flor que desde su balcón le arroja Gabriela de Estrees, vestida como un retrato de Moro. El recuerdo de Rubens y el siglo XVII lo evoca la imponente figura de María de Médicis, toda de terciopelo flordelisado de oro, guarnecidos y forrados de armiño la falda y el manto, con el inmenso cuello alto a que ha dado nombre, y esas enormes perlas cuyo reflejo nacarado se comunica a la tez. A mediados del XVII, el traje de la mujer, y también el del hombre, tiene un momento encantador que debiera eternizarse; un momento estético, acaso nunca igualado: el estilo Luis XIII. Y digo Luis XIII, porque en España, por ejemplo, el traje a mediados de ese siglo es lúgubre o enfático: la melancolía y la falsa hinchazón de nuestra decadencia se reflejan en él. La Francia, al contrario: ¡qué sencillez tan ideal y qué distinción tan aristocrática en la moda masculina y femenina de ese cuadro, *Marion Delorme* en 1640! El cabello airoosamente dispuesto encuadrando la cara, el ancho cuello de encaje, la artística manga, la faldamenta ni hueca ni angosta, en la mujer, hacían un conjunto señorial, decoroso, gracioso, y acaso por el traje Marion Delorme no parezca la hétera que fué, sino la más cumplida dama.

* *

Pronto se echa a perder la moda: se infla el ropaje, se yergue como almenado torreón el tocado y se desvanecen los contornos entre caudalosos pliegues de tela. Esta evolución fatal nos la presenta el cuadro de *Las hijas de Luis XIV sorprendidas por el Gran Delfín fumando en pipa*, y el retrato plástico de María Leckzinska, en traje de corte. De tan funesta dirección salieron las enormes pelucas, las faldas de tontillo y las caderas de mimbre y alambres llamadas *paniers*.

Al llegar al estilo Luis XV no se debe describir: todo el mundo se lo sabe de memoria. Es una época revivida y más conocida hoy que, por ejemplo, la de 1840. Así es que no se le ha consagrado en el Palacio del Traje sino un cuadro, *Las visitas*. Dos recuerdan la época de María Antonieta: un paseo en bote por el lago de Trianón, escena mágica de tapiz de Goya, y un palco de la Opera. El titulado *Los dos besos* pertenece ya a la Revolución, y es imposible idear nada más lindo que la figura de mujer en ese cuadro. Después, el taller de modista de sombreros bajo el Directorio; la prueba del manto nupcial a Josefina, a la cual asiste preocupado y grave el vencedor de Europa; la divertida escenita del *Novio*, en 1820, y el bautizo en la época romántica: otros tantos primores.

* *

Las modas del segundo Imperio, últimas históricas, son incoherentes y desairadas, sin modestia.

Sólo me gusta el peinado, largo y deshecho en abundantes rizos o prolongado en zorongos. Pero los volantes en pabellón y escalera, el miriñaque, el polisón, las bertas, las sosas mangas, incómodas y fuera de su sitio, las colas infinitas, no tienen pizca de garbo. Faltaba a este segundo Imperio un ideal, siquiera fuese el secatón ideal greco-romano del primero; faltábale un estilo: nuestra compatriota Eugenia de Guzmán no supo imprimírselo, a pesar de la natural distinción de su figura de cisne.

* *

Enumerando rápidamente los cuadros, no me queda tiempo para decir nada de los peinados en Enrique II y acaban en 1900, y están lo que se dice bordadas en pelo, una serie de maravillas del arte capilar. Ni de los accesorios, abanicos, pieles, ramilletes, pomos de esencia, cuya historia puede estudiarse en las galerías y tiendecillas de los rincones del palacio. Mi pensamiento está fijo en aquellas hembras galas trémulas y haraposas, y al ver los trajes de actualidad, los abrigos regios, los *deshabillés* incitadores, las bordadas y vaporosas túnicas de baile, me dije a mí misma:

— En estos diecinueve siglos ha sido creada la mujer.

EMILIA PARDO BAZÁN.